

CRISTIANISMO DESDE LO CONCRETO

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO



FILOSOFIA

CRISTIANISMO DESDE LO CONCRETO

Por: **JUAN RAFAEL BRAVO A.**

Cuando Carlos Marx hizo la crítica de la situación que vivía la humanidad de su época, encontró que el hombre vivía inmerso en una realidad que no poseía, vivía distanciado de un mundo al que estaba llamado a disfrutar íntima y plenamente. Marx denominó esta situación la "alienación" del hombre.

Síntesis y culminación de todas las alienaciones sociales, económicas y políticas es para Marx la alienación religiosa. Así escribe:

"La religión es la teoría general de ese mundo, su compendio enciclopédico, su lógica en forma popular, su pundonor espiritual, su entusiasmo, su sanción moral, su complemento solemne, su razón general de consuelo y justificación. Es la realización fantástica de la esencia humana, porque la esencia humana no posee verdadera realidad. La miseria religiosa es, la expresión de la miseria real, y, por otra parte la protesta contra la miseria real. Es el suspiro de la criatura abrumada por la desgracia, el alma de un mundo sin corazón, el espíritu de una época sin espíritu. Es el opio del pueblo".

Es cierto que nunca ha formado parte de la doctrina cristiana el desentendimiento de la realidad, el distanciamiento del mundo y el olvido de sus problemas. Antes por el contrario, para el cristianismo el mundo forma parte del plan divino y como tal debe ser un medio para el perfeccionamiento humano y el cumplimiento del último fin.

Sin embargo, el cristianismo ha tenido que luchar incansablemente con el materialismo, y en esa lucha ha tenido necesidad de afirmar vehementemente el destino trascendental del hombre. Es apenas natural que la humanidad, atraída por el esplendor del universo, llamada por el descubrimiento de las leyes naturales a constantes progresos, y deseosa de encontrar de una manera clara la respuesta a las preguntas que le plantea su existencia y su muerte, tenga una tendencia permanente hacia el materialismo. Por esta razón el cristianismo ha tenido que acentuar la preponderancia de los intereses temporales, a riesgo de que se pueda decir que el progreso es extraño a la religión y que ésta es solo el consuelo de débiles, que ya no pueden esperar otra felicidad que la que sobrevenga tras la muerte. Es evidente que para muchas personas el cristianismo representa lo opuesto a las aspiraciones del hombre. El sacrificio es represión. La humildad es envilecimiento. La fé es obsecación. En la lucha contra el materialismo la religión ha perdido simpatías entre los hombres.

Este resultado fue posiblemente la consecuencia de una actitud filosófica opuesta al modo de sentir de la humanidad desde que se pensó en la preponderancia de lo concreto, de lo existente y de lo vital sobre lo esencial, lo intemporal y lo abstracto.

Cuando se pretende la formulación de doctrinas puras, de manera que resulten totalmente intemporales, es necesario despojarlas de toda tonalidad circunstancial, de todo atisbo existencial. Según esto las formulaciones relativas al destino de los hombres debían ser formulaciones valederas para cualquier ser humano, en cualquier país y en cualquier época. ¿Qué otra puede tener tanto valor sino una formulación desentendida del día?

Una doctrina intemporal tiene que afirmar en primer término que la humanidad nunca alcanzará una completa felicidad en la tierra. Tiene que decir también que siempre habrá enfermedades, pobreza, injusticias, etc., porque la tierra que habitamos es un valle de lágrimas. Tiene que sostener además que el mundo tiene unas estructuras creadas por Dios para la purificación de la humanidad. Tiene que predicar así mismo que la pobreza es una condición para practicar la resignación cristiana y que la riqueza es una situación dada por la Providencia para practicar la generosidad.

Todas esas afirmaciones, cuando no están acompañadas de formulaciones concretas para resolver los problemas cambiantes de la humanidad, tienden a sustituir las soluciones a corto plazo y servir de un medio de evasión existencial, con lo cual se corre el riesgo de pasar imperceptiblemente de la doctrina a una praxis reaccionaria y ultra-conservadora.

Estas críticas no han venido solo desde el campo ateo sino también desde el campo católico. Teilhard de Chardin ha escrito:

“La inmovilidad no puede entusiasmar a nadie. Los inmovibles tienen de una parte el *sensus communis*, la rutina, el mínimo esfuerzo, el pesimismo y también, en cierto sentido, la moral y la religión”. (El Medio Divino).

Cuando se parte del principio filosófico existencialista, que ha predominado en la filosofía moderna, el planteamiento, aunque sea en el fondo idéntico, tiene un tono y un efecto totalmente distinto.

Si en lugar de hacer formulaciones que tengan su valor intemporal, se trata de plantear soluciones a problemas cotidianos, entonces es preciso acentuar la importancia de lo temporal y de lo concreto. En esta forma, el mundo no es una estructura dada, totalmente constituida, sino una realidad cambiante, un trayecto, una ‘evolución creadora’. La tierra no es necesaria ni fatalmente un valle de lágrimas, sino un escenario propicio a las realizaciones más optimistas. La moral no puede ser tampoco una lista de prohibiciones y abstenciones sino un llamamiento a la superación y al perfeccionamiento. La resignación deja de ser la virtud cristiana por excelencia para dar paso a la sed de justicia y perfeccionamiento. En una palabra, el progreso científico, económico y social viene a convertirse en un deber moral.

En todas partes se oyen voces que entonan un canto al optimismo, que quieren llevar al hombre angustiado, no voces de consuelo sino voces de aliento. Se quiere en otros términos que el cristianismo se encarne en los problemas concretos de hoy.

Teilhard de Chardin nos da el testimonio del científico que ama apasionadamente la verdad científica y que intenta hacer una conciliación vital entre la teología y la ciencia positiva:

“Hoy creo con más vigor que nunca en Dios y con toda seguridad con más vigor que nunca en el mundo. ¿No se ofrece ahí un esbozo del problema que hoy sufre el ala progresista de la humanidad?” (Mi Fé).

En otro campo, el sociológico, quiero citar otro testimonio humanamente muy convincente: el de Ignacio Lepp, el revolucionario comunista convertido al catolicismo:

“Después de mi conversión soy un católico a lo marxista. Cuando era comunista, mi voluntad era revolucionaria para el mundo exterior, la política y la economía. Ahora que soy cristiano se que las raíces del mal que aqueja a la humanidad son más profundas de lo que parecían a la luz de la dialéctica marxista. Por consiguiente, mi voluntad revolucionaria llega hoy infinitamente más lejos. No pongo en duda la necesidad de radicales transformaciones sociológicas, pero ahora sé que no tendrán eficacia si no opera la revolución espiritual, la transformación de las gentes y los corazones de los hombres” (Escándalo y Consuelo).

Quiero citar finalmente otro testimonio: el del teólogo holandés R. Adolph:

“El catolicismo verdaderamente “católico” es el que participa de la vida de la humanidad, en sus penas y congojas, el que se inclina sobre el hombre actual, que

acaso busque su salvación en el ateísmo, el humanismo, o el existencialismo. La iglesia es verdaderamente católica si toma en serio al hombre de hoy, cualquiera que sea” (La Iglesia es algo distinto).

Así está llegando el cristianismo del siglo XX a formular una nueva mística: la mística desde lo concreto. Esta nueva mística parte de la realidad tal cual es, no da la espada a las angustias de la humanidad, no finca sus esperanzas solamente en la felicidad ultraterrena, se propone realizar un cambio a corto plazo de las estructuras que impiden el mejoramiento social y el progreso económico.

En la América Latina y concretamente en Colombia la tendencia filosófica abstracta ha provocado que nuestro desarrollo marche lentamente, que nuestro carácter se haya formado más en la resistencia al infortunio que en el espíritu de progreso, que tengamos mucha resignación y poco entusiasmo. Es de esperar que, como consecuencia del advenimiento de la nueva mística, entendamos que el progreso es un deber.

Es posible decir que para llegar a esta nueva mística el cristianismo ha asimilado elementos marxistas. Esto demuestra que el marxismo no es totalmente ajeno al cristianismo, sino simplemente un humanismo recortado por no haber captado la necesidad que para el hombre representa lo trascendente, el más allá, Dios.



DERECHO